# ESE CERRO DEL ANAHUAC *

POR

ERNESTO GIMENEZ CABALLERO

Ese cerro del Anahuac no lo descifró mi maestro y amigo Alfonso Reyes en su *Visión*, El cerro de Malinche, la mejicana.

☆

La mejicana Malinche ya no fue una «raptada». Como la inca Coyllur. Como la española Lucía Miranda.

La mejicana Malinche fue: una «arrobada» (Tras el Conquistador). Obsérvese la fundamental diferencia.

El «rapto» (del latino *rapire, raptum)* como el «robo» (del germánico *roubon)* suponen violencia en el robador o raptador y defensa instintiva en la raptada o robada.

Imaginemos los desgarradores ayes de Lucía Miranda ante Mangoré y Siripo.

La propia Ñusta Coyllur, amando como amaba a Ollantay, vaciló y se resistió frente a deberes filiales y estatales.

En cambio, la mejicana Malinche ya no vacila, ni se resiste. No es la robada, sino la «arrobada», la atraída, la entregada de sí, plenamente, tras el español Hernán. Como el alma en «arrobo»—palabra mística—ante un dios (un *teotl,* o *teul).*

Que así debió verle Malinche al irruptor de su tierra: como una luz desde la oscuridad, como una fuente desde su sed, como escala desde una sima. Como salvación. No importa que la Malinche fuera, en sus orígenes, también una raptada, una robada, tal vez una entregada.

Según Cervantes de Salazar «era hija de un cacique de Totiquipaque y de una esclava y fue robada y llevada a tierra de Tabasco».

Para López de Gomara (y Herrera y Las Casas) nació «hacia Jalisco, de un lugar dicho Viluta, hija de ricos padres y parientes del señor de aquella tierra y... siendo muchacha la habían hurtado ciertos mercaderes en tiempos de guerra y traído a vender a su feria de Xicalanco, que es un gran pueblo sobre Cuazamalco, no muy aparte de Tabasco; y de allí era venida a poder del señor Cortés».

El gran Bernal Díaz dice que «desde su niñez fue gran señora y

* Del próximo libro *Madre América o la mujer americana.*

cacica de pueblos y vasallos; y es desta manera que su padre y madre eran señores y caciques de un pueblo que se dice Paynala y tenía otros pueblos sujetos a él, obra de ocho leguas de la villa de Guazacualco; y murió el padre, quedando muy niña, y la madre se casó con otro cacique mancebo y hubieron un hijo y, según paresció queríanle bien al hijo que habían habido; acordaron el padre y la madre de dalle el cacicazgo y después de sus días, y porque en ello no hobiese estorbo, dieron de noche a la niña a unos indios de Xicalango porque no fuese vista y echaron fama que se había muerto —y en aquella sazón murió una hija de una india esclava suya y publicaron que era la heredera; por manera que los de Xicalango la dieron a los Tabaco y los de Tabaco a Cortés».

Es decir, a los hombres de Cortés, con otras diecinueve indias. Ella tocó a Hernández Portocarrero. Pero Cortés la descubrió. No sólo por su belleza «de buen talle y más que ordinaria hermosura» (dice Solís); no sólo por la inteligencia «sabia y de buen entendimiento» (Cervantes de Salazar), sino por algo que sólo el magnífico Bernal Díaz del Castillo acertó a expresar: «excelente mujer; buena lengua... y tenía mucho ser... y mandaba absolutamente entre los indios en toda la Nueva España».

☆

*Buena lengua...* y *mucho ser...* O sea: con capacidad de hacer entender a Cortés todo un mundo ininteligible, indescifrable: el mejicano. Y, al tiempo mismo, que lo valorase humanamente. *Mujer excelente...* esto es: escogida, fuera de lo común, de toda grey, egregia.

Se comprende que, desde Bernal y otros cronistas hasta hoy, se haya hecho de ella un símbolo. Y siga inspirando estudios y libros. *(Dama de la conquista,* la tituló Federico Gómez de Orozco. «La india que amó a Hernán Cortés... y su "hada buena"» —la estimó F. González Ruiz—. Y Carlos Pereyra: «un ser lengendario». «Una de las figuras más importantes de la conquista» (Madariaga). Y para Miguel Angel Menéndez en su reciente *Malitzin:* «la mujer más importante de América».

Su nombre era *Malinali,* que a los españoles sonaba a *Marina,* con el que la bautizaron. *Malinali,* uno de los veinte días del mes mejicano, significaba «cuerda tensa», como la de un arco siempre pronto al disparo. Pero por su estirpe le agregaron a *Malinali* la partícula *tzin.* Algo así como dama, señora, doña. De ahí: *Doña Marina,* con que pasó a la historia cristiana. Y *Malinche* o *Melinche* al ser pronunciados por labios aztecas. *Malitzin Fenepal* su verdadera nominación aborigen.

«La Malinche (Carlos Pereyra) vino a poder de los castellanos cuando más necesidad había de un segundo farante que declarara en lengua maya lo que dijeran en la náhoa los habitantes de Culúa. No había que pensar en un intérprete directo, ya que Aguilar sólo sabía el maya. En el mismo caso hubiera estado el otro intérprete Melchorejo, que murió en Tabasco sacrificado por los indios, quienes le hicieron responsable de su derrota.»

«*Fue un gran principio para nuestra conquista—afirmó el propio Cortés—y ansí se nos hicieron todas las cosas, loado sea Dios, muy prósperamente.* He querido declarar esto: porque *sin ir doña Marina no pudiéramos entender la lengua de la Nueva España.*»

Y, por tanto, conquistarla, «asesorado por aquella inapreciable colaboradora» —precisó Manuel Ballesteros—. «Aquella compañera inmejorable» (Ramón Ezquerra), «que le reveló la mentalidad indígena». Y, con ella, la posibilidad de la victoria.

A doña Marina se debió la decisiva alianza de los totonecas costeños. Y la fundación de Veracruz. Y el convertir enemigos en amigos fieles como Xicontencatl. Y la previsión de traiciones, tal que en Cholula. Y la resistencia ante los reveses, como en Otumba.

«Con ser mujer de la tierra —exclama clarividente una vez más Bernal Díaz—(¡mujer de la tierra!). ¡Qué esfuerzo tan varonil tenía, que con oír cada día que nos habían de matar y comer nuestras carnes con ají y habernos visto cercados en las batallas pasadas y que agora todos estábamos heridos y dolientes, jamás vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de mujer.»

☆

Ya Colón llevó siete indias a España «porque enseñaran a los nuestros su lengua». Según Angel Rosenblat, la más angustiosa preocupación de Colón, y, luego de todo conquistador, era esa de «tomar lengua, de haber lengua». Más que el oro valoraban los «lenguas», «trujamanes», «farautes» y «ladinos».

Hojeda tuvo de intérprete, guía y esposa a «Isabel». Alvarado «una india moza». La mediadora de Cumana y Cubagua, por 1520, fue una cacica llamada «doña María». Otra de Ocoromi, «Luisa», con el capitán Francisco de Ibarra. Pedro de Heredia, el amigo de Cervantes, el defensor de Cartagena de Indias contra piratas tuvo una «cartagenera». Por Venezuela se hizo famosa cierta «ladina». Y el descubrimiento del oro de Cibao se debió a «Catalina», cacica que dio dos hijos a Miguel Díaz Aragonés y la noticia de las minas. También se recuerda otra «ladina» de Jamaica, preciosa para Grijalva por Yucatán. ¿Y qué diremos de las hijas de Caracara, el cacique guaraní para Irala y sus com-

pañeros, estableciendo lo que se llamaría el «cuñadazgo»? El conquistador conquistado.

La lengua fue el problema primilineal en la colonización española de América. Por eso la Iglesia afrontó el que cada misionero fuera su propio faraute, su propio intérprete, aprendiendo todo habla indígena. La misma política cristiana y liberal que recomendara Felipe II por 1596. Sólo hasta bien entrado el XVIII —1769 con Carlos III— no se planteó el aprendizaje del castellano como lengua general y obligatoria.

☆

Pero doña Malinche era algo más que una «lengua» «ladina» o intérprete. «Alumbrada de Dios» —se le reveló a Cortés—. Y «a esta causa la traía siempre consigo». («Como una mensajera del Señor» —dice Madariaga.)

Hernán Cortés, desde su adolescencia, allá en Medellín, «gustó de mujeres». «El mozo era mujeriego.» Y sus padres tuvieron que alejarle para que un marido celoso no le matara. Y por eso anduvo casi un año «a la flor del berro».

¿Quién podría historiar los amores de aquel hombre a quien lo «valiente no quitaba lo Cortés»? Con indias humildes y altivas y con altivas y humildes cristianas. A pesar de que sus detractores le pintaban feo, canijo, corcovado, artrósico, tumorado. Un día se casó en Cuba con doña Catalina Juárez, la Marcaida, más que por amor por un rasgo de ternura filial en aquel hombre de hierro y fuego. Por llamarse Catalina, como su madre, la del lejano pueblo extremeño. «Mi madre, muy honesta, religiosa, recia y escasa.» Del modo que al hijo habido con doña Marina le bautizara Martín, como su padre, don Martín Cortés de Monroy, «devoto y caritativo» (y al que no salió precisamente el mestizo nieto).

Doña Catalina Juárez se le murió en Méjico un día. Cuenta la fábula que envenenada. ¿La mató Cortés por amor a doña Marina? Fábula. Era todo lo opuesto, la Malinche, a la mujer fatal.

Era: la arrobada. Todo lo ofrecía. Y todo lo aceptaba. Hasta un marido legal, Juan Jaramillo, para poder servirle a Cortés mejor. Porque «Dios la había hecho mucha merced en quitarla de adorar ídolos y ahora ser cristiana y tener un hijo de su amo y señor Cortés y ser casada con un caballero como era su marido Juan Jaramillo... Porque en más tenía en servir a su marido y a Cortés que cuanto en el mundo hay».

Palabras con que mostró su carácter de una generosidad cristianísima, casi mística, de auténtica arrobada. Como aquellas otras cuando

una vez se encontrara con el hermanastro y la madre que la vendieran y la hicieran pasar como muerta. «Y estando Cortés en la villa de Guazacualco envió a llamar a todos los caciques de aquella provincia... Y entonces vino la madre de doña Marina y su hermano de madre, Lázaro, con otros caciques. Días había que me había dicho la doña Malinche que era de aquella provincia y señora de vasallos. Y bien lo sabía el capitán Cortés. Por manera que vino la madre e su hijo y el hermano y se conoscieron que claramente era su hija porque se les parecía mucho. Tuvieron miedo della, que creyeron que los enviaba hallar para matallos, y lloraban. Y como ansí los vio llorar la doña Marina, les consoló y dijo que no hobiesen miedo, que cuando la traspusieron (la vendieron) con los de Xicalango, que no supieron lo que hacían... Y se lo perdonaba y les dio muchas piezas de oro y ropa y que se volvieran a sus pueblos... Porque Dios la había hecho mucha merced... que aunque la hicieran cacica de todas cuantas provincias habían en la Nueva España... que en más tenía ser cristiana... que cuanto en el mundo hay...

(Y todo esto que digo —añade el gran Bernal— sélo yo muy certificadamente.)»

Doña Marina soportó la lejanía, la separación, la prole bastarda de Cortés, el que casara por vez segunda con española doña Juana de Zúñiga... el no volver más a ver a Cortés —y tener una hija de Jaramillo, María, que se uniera con un don Luis de Quesada. Y que ese Jaramillo no la quisiera, pues, muerta, volvió a desposarse con doña Beatriz de Andrade, hija del comendador Leonel de Cervantes y hermana del virrey Velasco.

Y el padecer doña Marina a su primer y legítimo hijo don Martín Cortés, el comendador de Santiago, pendenciero, petulante, machuno, ingrato y en quien ya aparecía el insurrecto, el matriota, el anticortesiano, aun llevando su nombre, su sangre.

☆

Doña Marina fue la cristianización a fondo. La luz —encontrada— desde la oscuridad. La fuente desde su sed. La escala en el abismo. ¿Qué vio en aquel español doña Marina?

Diego Rivera el muralista interpretó a doña Marina una vez abrazada a sus hijos tras Cortés. Y otra restregándose los ojos, ante la Vera Cruz de Cristo, el 22 de abril de 1519, como despertando, como arrobada. El gran poeta mesoamericano Pablo Antonio Cuadra sostiene que aquellos seres que sabían por Quetzalcoatl que un día vendría Cristo al alma india y hubieron de soportar la etapa militarista tanto de

Moctezuma el azteca como de Nicarao el nahual, el culto sanguinario de sacrificios humanos, pasaron, con Cortés, «a conocer una religión de amor y se aferraron a ella».

Por eso el etnólogo Eric Wolf ha podido, aun hoy, descubrir que cuando el indio habla de un ser humano no dice un «hombre», sino un «cristiano».

Eso fue lo que doña Marina —hasta entonces ciega, sedienta, caída— viera en Hernán: luz, frescor, elevación: amor.

Un fino mejicano, del Museo Nacional de Antropología, nos puso también en ese mismo atisbo, Carlos R. Margain.

La Malinche llevaba en las venas la experiencia de cinco mil años de sojuzgaciones y catástrofes, desde que en Méjico se iniciara la domesticación del maíz. Portaba, en sí, el horror de la devoración de una cultura por otra y por otra, desde que desapareciera Quetzalcoatl, el caudillo ario y divino (blanco y rubio, el que viniera —como Paí Zumé para el Plata— de allende el mar, del occidente, el precursor de Cortés).

Pensar que fueron los españoles quienes aniquilaron cruelmente a los aborígenes de Méjico —lo pudieron propagar aquellas mentes que inspiraran murales como los ingenuos de Diego Rivera, de Clemente Orozco—. Pero no, doña Marina. Porque doña Marina sabía la verdad. La verdad de un Teotihuacán «incendiado total y bárbaramente», antes que llegara España. «Comparada la destrucción que sufriera Teotihuacán —señala Margain— a manos de otros pueblos indígenas, con la de Tenochtitlan hecha por los españoles, esta última casi se antoja un juego de niños».

«Después de su incendio y destrucción, Teotihuacán, durante más de un siglo, sufrió saqueos en las ruinas que de la ciudad quedaban.» «Las exploraciones de los arqueólogos modernos muestran que la destrucción fue colosal y el saqueo enorme y sistemático.» «Así sucedió por el siglo x con la cultura tolteca, Tula, la capital, es arrasada por pueblos bárbaros del norte, los chichimecos, que asolaron el valle de Méjico.» «Sus sucesores, los aztecas, no llevaban ni cien años de cultura cuando llegaron los españoles por 1517-19.» Y lo que se inició entonces no fue otra horrible destrucción. Fue todo un virreinato grandioso: el mejicano. El que ya sintió nacer doña Marina —entrañado, en parte, por ella— Malinali Fenepal, como hijo suyo, tan hijo como su Martín Cortés.

A doña Marina no hubo gringos que la engañaran. Ella vio: la diferencia entre lo pasado y aquello. Entre Huichilobos y Cristo. Entre ser raptada, vendida y negada por su propia madre —y pasar a compañera de un héroe cristiano, que la dio honores—. Y... amor.

Porque Cortés debió amar a esa mujer para arrobarla y espiritualizarla de tal modo. De ahí que el instinto tradicional constituyera, con doña Marina y Cortés, una pareja legendaria. Y se escribiesen dramas como aquel de Fermín del Rey *Hernán Cortés en Tabasco*, 1790. O romances, como el de Antonio Hurtado, 1842, con un dibujo a pluma para ilustrarlo a la manera de la escena del sofá entre Don Juan y Doña Inés. El, arrodillado. Y, ella, arrobada, oyéndole.

*Bajo una tienda de seda*
*cuyo pendoncillo rojo*
*libremente al cielo ondula*
*con cien giros caprichosos.*
*Ella, hermosa, y, él airoso.*
*Con ternura apasionada*
*se contemplan Una y Otro.*

Existe otra pintura más fidedigna sobre doña Marina: la miniatura —ruda y primaria— del códice Durán en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Cortés, sentado en sillón frailero de tijera, escuchándola. Y ella, de pie, una mano alzada, explicativa, indicatoria, señalando con el índice una significancia trascendente, mientras el otro brazo mansamente caído, la mano protegiendo al vientre que engendrara la estirpe mejicana de Cortés. Era la sibila. La intérprete. La maestra. La latina o «ladina». Pero ladina no en el sentido que tomaría esa adjetivación, como engañosa y taimada.

Se denominaban «ladinos» (latinos) a los intérpretes de lengua india en romance. Y que luego quedaría, esa motejación, como sinónima del carácter que Margain señala como el más radical en unas razas acostumbradas a la opresión de una cultura tras otra: el «infidente». El que a todo decía que sí. Aunque luego se escabullera o hiciera lo contrario o se quedara impasible. La famosa «no resistencia al mal» del genio orientálico. La elasticidad del ceder y doblegarse sin doblegarse ni ceder. El célebre «Si señó» de aquel cuento de guiñol centroamericano que vi en una sesión audiovisual de Suárez Radillo en Asunción. Un cholito ladino que se llamaba «Si señó». Porque no sabía más que esas dos palabritas. Con las que llegara hasta gobernador (antes de ir a la cárcel, naturalmente).

Pero el «Si señó» que la Malinche estaba diciendo a Cortés en esa miniatura, era el de un tú a tú, tan señora como él. Y más abnegada. Una arrobada. (Asimismo la ve R. Majó Framis: «Malitzin, arrobada, no era la molicie del amor, ni siquiera del amor a secas, era una fuerza.»)

☆

Otras mujeres hubo en la Conquista de Méjico. Bravas españolas como la propia Catalina Juárez, la primera esposa de Cortés. Juana Mansilla, azotada y a punto de morir por defender la verdad de que Cortés no había muerto en Honduras. María de Estrada, náufraga, prisionera, rescatada y casada con Pedro Sánchez, peleando en Otumba a caballo, como una amazona, «que no teníamos otra mujer de Castilla en Méjico sino aquélla», dice Bernal. Las hermanas de Diego de Ordás, María de Vega... Pero: ninguna como doña Marina, en grandeza y fabulosidad.

Se dio el caso de aquella doña Leonor de Alvarado, mestiza, hija del Conquistador don Pedro de Alvarado y doña María Luisa Tecuelhuatzin, hermana del guerrero Xicontecatl, el joven, que, casada con don Francisco de la Cueva, primo del duque de Alburquerque, llegó a gobernadora consorte del Reino de Guatemala.

O aquella otra doña Juana, hija del adelantado en el Plata Ortiz de Zárate y una ñusta incaica yupanqui que, al quedar como heredera del adelantazgo y de una formidable riqueza, provocó un histórico conflicto de pretendientes—y al que la logró, un hombre genial, don Juan de Torres de Vera y Aragón, le costó la cárcel y casi la vida y lo que fue peor: ella, que murió joven, y con ella la inmensa fortuna, pues Torres de Vera terminó pobre, allá en Charcas—más que como don Juan como un Don Quijote, tras haber intentado la primera Unidad del Plata.

☆

Pero como doña Marina ninguna fémina de la Conquista. Cierto que el problema femíneo no resultó fácil de resolver en la América inicial. La Corona española prohibió el traslado de las solteras peninsulares y eran pocas las casadas que arrostraban la tremenda aventura. Por lo que desde los orígenes—recuérdese la Instrucción a Ovando en 1503—se fomentó el matrimonio con indias. La Real Cédula de 1514 daba «entera libertad de casarse con quien quisieran los españoles y españolas», confirmándola Felipe II en 1575.

Antes que Alberdi el argentino, España vio que, en América, «gobernar era poblar».

Doña Marina no pobló mucho, con sólo breve progenie cortesiana. Pero mucho gobernó (tanto que al propio Cortés le llamaban Señor Malinche). Pero gobernó como las grandes mujeres de la historia: con la sumisión, la dulzura, la pasividad. Arrobada, ante su propio gobernado: Hernán. Fue: el primitipo, doña Marina, de la arrobada por la devoción y la cultura, como luego sor Juana Inés de la Cruz en el Barroco. Y, también—en excelso—de la «china poblana» con los caudillos de la revolución. El precedente de la corregidora doña Josefa

Ortiz de Domínguez, la que expusiera su vida por avisar de una conspiración al Libertador Hidalgo. Y el antecedente de *La enamorada,* de la *María Candelaria* que os ofrece este libro, como representativa de la mujer mejicana, en geogénico capítulo de la Segunda Parte.

☆

Los mejicanos no la olvidan. Con la genuidad de ese país misterioso, indescriptible, colosal y venerable que es Méjico, a doña Marina el pueblo la ha perpetuado llamando con su nombre de «Malinche» un cerro del Anahuac. Es decir: a la tierra misma. A la madre tierra originaria y arcana (¡Madre América!).

Como una esfinge, ese cerro: esperando que un día descifre Méjico su mensaje mudo. El de la vuelta al padre olvidado (la vuelta a Hernán). A una imperación que no ha prescrito. Porque es la del emblema mismo de Méjico: el aguila —sobre un nopal— devorando a la serpiente. La serpiente: que es la tierra (el ayer matrigénico).

Y el águila: lo macho, lo imperial, el vuelo (el mañana otra vez patrigenuino).

☆

Escudo de Méjico: cifra perfecta de lo que este libro os quiere revelar, impulsar, pueblos de América. Y sobre todo a ti, Méjico querido: de nación en peligro: otra vez a Imperio.

Ernesto Giménez Caballero
Embajada de España en Paraguay
Asunción (Paraguay)